

UN CORAZON OBEDIENTE

por el élder Monte J. Brough
del Primer Quórum de los Setenta



"Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa y todo lo que este a mi alcance para ayudar en esta gran causa."

Después de haber estado aquí, sentado por alrededor de cien minutos, os puedo asegurar que estos grandes sillones rojos realmente no son tan cómodos como parecen.

El jueves por la tarde estábamos en nuestro hogar, celebrando bulliciosamente el cumpleaños de uno de nuestros hijos. Sonó el teléfono y una voz femenina dijo: "Hermano Monte Brough, ¿podría esperar un momento? El presidente Hinckley desea hablar con usted".

Para que hicieran silencio dije en voz alta: "¡Es el Presidente Hinckley!" Os aseguro que inmediatamente se hizo un silencio rotundo.

El presidente Hinckley acudió al teléfono y dijo: "Hermano Brough, ¿le sería posible venir a hablar conmigo?" En fracción de segundos respondí con cierto orgullo a un par de preguntas, después de lo cual dije "Presidente Hinckley, su llamada me ha tomado de sorpresa".

Él respondió: "No se preocupe; solamente vamos a darle una escoba nueva para que pueda barrer los escalones del frente del edificio de las oficinas de la Iglesia".

Presidente Hinckley, quiero que usted y las demás Autoridades Generales sepan que me sentiría muy honrado de aceptar la escoba y barrer esos peldaños donde usted ha caminado, donde el presidente Benson ha caminado y donde han caminado todos estos hombres a quienes admiro y quiero con todo mi corazón.

Hace algunos años, mientras presidía la Misión Minneapolis, Minnesota, ocurrió un acontecimiento muy interesante, y me gustaría utilizar esa experiencia para expresar mi testimonio.

Un terrible ciclón azotó la región, causando los estragos suficientes como para merecer la atención de los noticieros de la red de canales nacionales en California, Arizona, Utah y Idaho. Casi instantáneamente, los teléfonos en la oficina de la misión empezaron a sonar. Durante aproximadamente dos o tres horas, los padres continuaron llamando de diferentes partes para cerciorarse del bienestar de su hijo o hija en la misión.

Recuerdo que después, mientras caminaba desde la oficina hasta la casa de la misión, me decía a mí mismo: "Ya conoces a estas madres mormonas; no dejan que sus hijos se valgan por sí mismos". Al entrar en la casa de la misión, el teléfono estaba sonando otra vez. Lo conteste y adivinad quien era: mi madre. Quería saber cómo estaba su hijo misionero bajo tales circunstancias.

Fue entonces que aprendí una gran y profunda lección: el amor y la preocupación de una madre nunca cesan, ni deberían de cesar. No tengo ningún recuerdo de mi padre. Me crié en un hogar donde no se dignificaba el sacerdocio. Lo que soy ahora se lo debo a un obispo de Randolph, Utah, y presidentes de misión.

Después de oír el discurso del élder Marvin J. Ashton, reconozco que tengo cosas que debo mejorar, pero sé que soy obediente de corazón, y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa y todo lo que este a mi alcance para ayudar en esta gran causa. Testifico que sé que esta es la obra de Dios. En el nombre de Jesucristo. Amén.